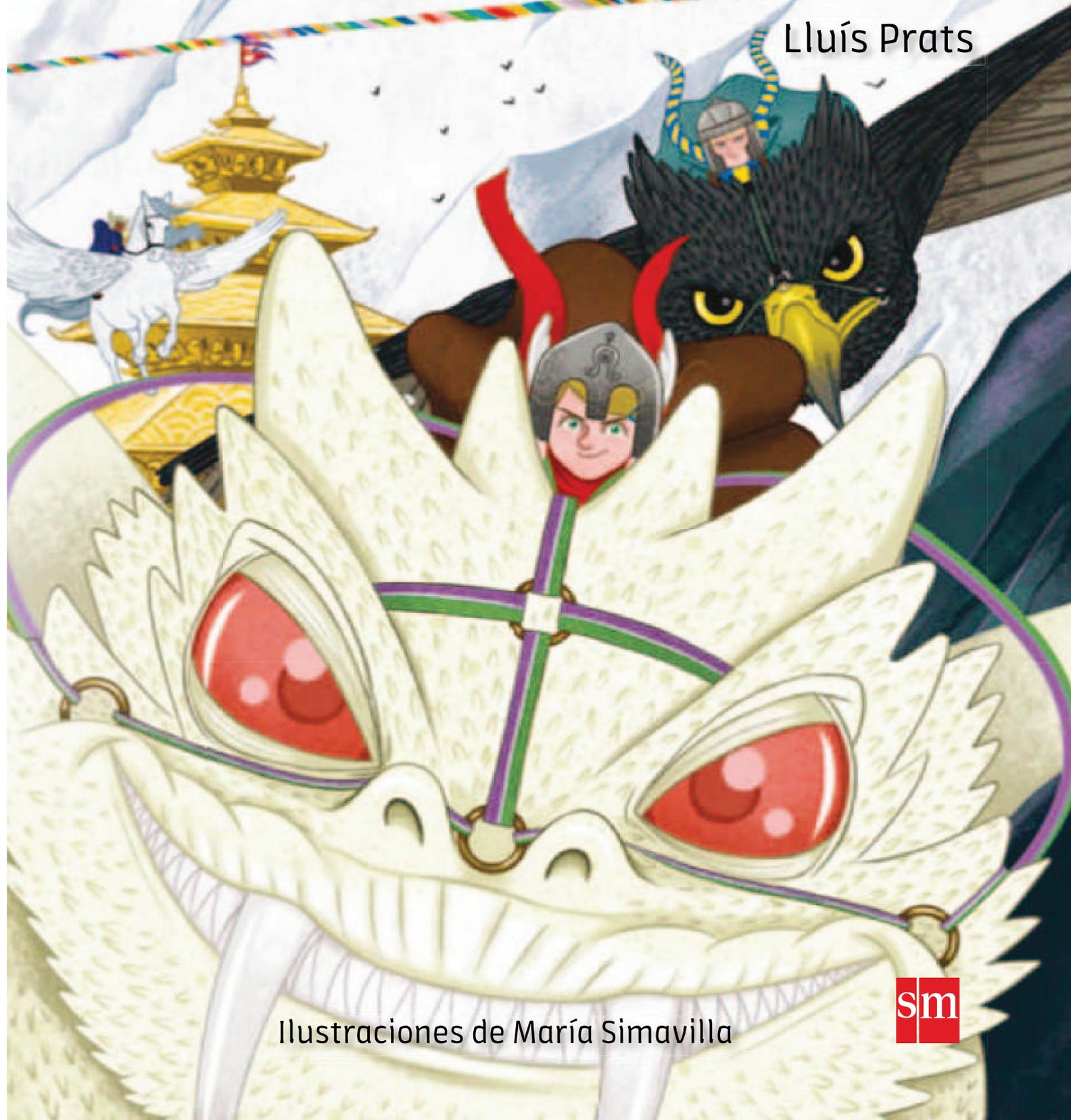


# PENNY BERRY

y el árbol de oro de Shangri-La

Lluís Prats



Ilustraciones de María Simavilla





# PENNY BERRY

y el árbol de oro de Shangri-La

Lluís Prats

Ilustraciones de María Simavilla



Primera edición: octubre de 2016

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz  
Coordinación editorial: Berta Márquez  
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Lluís Prats, 2016  
© de las ilustraciones: María Simavilla, 2016  
© Ediciones SM, 2016  
Impresores, 2  
Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

ATENCIÓN AL CLIENTE  
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403  
e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

ISBN: 978-84-675-9043-2  
Depósito legal: M-28796-2016  
Impreso en la UE / *Printed in UE*

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Oriol, Xavi, Santi,  
Mariona y, por supuesto, Nico*



*Ciudadela Dorada de Shangri-La,  
Himalaya, 7 de diciembre*

*A la muy Ilustre DAF de Escocia y las Highlands.*

*Admirada y respetada Octavia Berry,*

*Me es grato comunicarte que, a causa de la inesperada y sorprendente aparición de muchachos y muchachas con el don de la astrosauría, los cursos de Control y Perfeccionamiento del Don tendrán lugar en Shangri-La a inicios del nuevo año.*

*Del mismo modo, los cursos destinados a sanadores y recolectores de primer año, Plantas Insólitas de Oriente I y Herboristería Mágica Aplicada I y II, y a oteadores de tercero y cuarto año, Visión Nocturna II y Huellas Animales III y IV, se celebrarán, como de costumbre, en las mismas fechas.*

*Con un cariñoso achuchón,*

*Lhotse Huang M.D.*

*Gran Cruz plateada del druida Gong Lee, Estrella de Ho Chi Pim de segunda clase y Decana del Muy Ilustre Decanato del Himalaya.*

*P. D. Es absolutamente imprescindible que vuestra candidata viaje con su propio animal de competición.*



# 1

## UNAS ENTRAÑABLES NAVIDADES EN BERRY MANOR



os semanas después de que Octavia Berry, ilustre Decana de Animales Fantásticos de Escocia, recibiera esa carta procedente del Nepal, su hija Aurelia y su nieta Penny, hija de su difunto hijo Percy y de Rose, de soltera Rose Farquharson, subieron a un taxi delante de su casa, situada en el número veintiocho de Finchley Road.

Eran las ocho en punto de la mañana del jueves anterior a Navidad y, apenas el vehículo arrancó hacia el mercadillo de Camden Town, infinitos copos de nieve empezaron a llenar el cielo de Londres.

Tres horas más tarde, y cuando la nieve empezaba a cuajar sobre los tejados, otro taxi frenó delante del mismo número veintiocho de Finchley Road.

Un segundo después se abrieron sus puertas y salieron Aurelia y su sobrina Penny, tan cargadas de paquetes y bolsas de colores que no pudieron ver la entrada de la casa. Habían pasado toda la mañana en el mercadillo de Camden y Penny regresaba entusiasmada. Todos en Berry Manor, la casa de su abuela en Escocia donde había pasado el verano más excitante de su vida, tendrían su regalo de Navidad.

Mientras su tía intentaba encontrar las llaves, Penny se fijó en docenas de Papás Noel de plástico que trepaban por el escaparate de la tienda de comestibles de Patel Nandjiani, quien asomado a la

ventana del segundo piso observaba cómo los hijos de los Chelsea fabricaban bolas de nieve y se las lanzaban unos a otros entre risas, mientras sonaban las notas de un villancico.

*Oh, jingle bells, jingle bells*  
*Jingle all the way*

–¡Ya estamos en casa, querido! –gritó tía Aurelia cuando logró abrir la puerta.

Sin aguardar su respuesta, empezó a llenar el recibidor de bolsas y, al terminar, sonrió a su sobrina, que hacía lo mismo.

–¡Estoy tan contenta de que finalmente no te hayas comprado el jersey fucsia con topos! –suspiró aliviada–. El naranja te sentará de perlas.

–Sobre todo si he de cabalgar de nuevo sobre Ashwhite –le replicó ella con malicia.

Penny sabía que su tía no aprobaba de ninguna manera lo que había ocurrido en Escocia ese verano.

Ella tampoco le había perdonado que no le hubiera contado nada del mundo de animales fantásticos que su familia cuidaba desde hacía generaciones.

–No digas eso –protestó su tía mientras le venía a la cabeza la imagen del gran dragón blanco–. Cuanto ocurrió el verano pasado fue una temeridad. No veo por qué tu abuela Octavia tuvo que alentararte a cometer semejantes tonterías.

–Pues tú y tío Claudio os pasasteis dos meses en Australia para capturar a ese tiburón prehistórico –replicó Penny enseguida–. Ya me dirás si *eso* no fue una temeridad, tía Aurelia.

El verano anterior, mientras ella había descubierto que pertenecía a un linaje que entroncaba con los druidas de la antigüedad y que tenía en sus manos el poder de la sanación, sus tíos habían cazado un saurópodo de proporciones gigantescas en la bahía de Sidney. El animal había llegado a mitad de octubre a Dundee a bordo del *Intrepidus* y desde entonces estaba custodiado día y noche en una de las bocanas del puerto.

–Eso fue distinto, Penny –repuso su tía acalorada.

–Pues a mí no me parece tan distinto, la verdad...

–Bueno, no discutamos –replicó su tía para zanjar la conversación–. Discutir contigo es casi peor que con tu padre, que en paz descansa. A veces, me parece que eres más tozuda que él.

Penny sintió un leve pinchazo en la herida que un basilisco le había hecho en el brazo, pero no le respondió. Desde que había regresado de Berry Manor sabía muchas cosas de su familia que hasta entonces desconocía.

–Y eso de que eres una astrosaura –prosiguió su tía yendo hacia el salón– es peor de lo que tu tío y yo habíamos imaginado. Sabía que tu abuela sospechaba algo y que por eso te hizo ir a Escocia, pero...

Sí, se sonrió Penny mientras su tía seguía parloteando, era una astrosaura, una sanadora única entre un millón, como le había dicho su amiga Pippa.

Su tía Aurelia fue interrumpida por el vozarrón de su marido, que bajaba por la escalera.

–¡Ah! Veo que ya habéis llegado y tenéis tiempo para discutir. Bien, bien... –se burló–. ¡Esto marcha!

–Hola, tesoro –replicó su mujer de mal humor–. Sí, ya hemos vuelto, gracias. Ya que lo preguntas, ha ido todo muy bien.

Tío Claudio sonrió sin que le molestara el comentario.

–¿Me habéis comprado algo? –les preguntó.

–Es probable que sí, pero todo a su tiempo, cielo. ¿Por qué no pones agua a hervir? Un poco de té nos vendría de cine.

–Es una buena idea –respondió él yendo hacia la cocina.

Un poco más tarde, cuando Penny y su tía estuvieron sentadas con una taza entre las manos, entró tío Claudio con unas galletitas que dejó sobre la mesa y, a continuación, pegó la nariz a la ventana del salón.

Afuera seguía nevando y en ese momento se le pasaron las ganas de coger el coche y recorrer las quinientas millas que los separaban de Berry Manor, donde por primera vez en muchos años iban a pasar las Navidades junto a la abuela Octavia.

–Con la que está cayendo –suspiró–. No sé si es buena idea conducir hasta...

–Bobadas –le interrumpió su mujer–. ¿El héroe de la bahía de Sidney les teme a unos copitos de nieve? Claudio, ¿no ves lo precioso que será atravesar Gran Bretaña con este tiempo? Además, dentro

de cuatro días es el cumpleaños de Penny. La niña nunca ha viajado a Escocia en esa fecha.

–Entonces, ¿a qué esperamos? –refunfuñó tío Claudio viendo que su mujer no daría su brazo a torcer.

Diez minutos después y tras preparar unos bocadillos de atún, los Pettigrew cargaron el coche y se adentraron en mitad de la tormenta de nieve.

Cinco horas más tarde y trescientas millas al norte, el viejo Mondeo color pistacho de los Pettigrew se quedó atascado en mitad de un embotellamiento tan horroroso como no se recordaba en décadas. La ventisca arremolinaba montañas de nieve contra los coches, impidiéndoles avanzar, y la cola de faros encendidos se perdía entre las curvas de la autopista.

El panorama era desolador. Quedaban dos días para Navidad y el parte meteorológico que en esos momentos se oía por la radio decía que la tormenta podía alargarse una semana más:

–La borrasca siberiana dejará más frío y hielo que nieve –informaba el locutor, aburrido–. Los expertos alertan de que las temperaturas podrían descender más allá de los diez grados bajo cero, mientras las Administraciones ultiman sus preparativos...

–Te lo dije, Aurelia –gruñó tío Claudio mientras sus dientes castañeaban de frío–. Te lo dije cuando estábamos en Nottingham y mira...

–Pues a mí sigue pareciéndome precioso –sonrió su mujer señalando hacia el parabrisas–. ¿A ti no, Penny?

–Yo, por una vez en la vida, estoy con tío Claudio –replicó ella bostezando.

Su tío la miró por el retrovisor y le sonrió.

–El invierno se presentará hoy, de golpe y porrazo, con toda su crudeza –continuó el comentarista de la BBC–. Lo hará esta tarde, de la mano de una ola de frío siberiano que congelará Escocia hasta el domingo. La Dirección de Emergencias y Meteorología del Gobierno ha activado la alerta amarilla ante la previsión de nieve y una bajada brusca de las temperaturas, que alcanzarán valores negativos, tanto en el interior como en la costa. Los mapas indican que mañana será el día más gélido, con valores mínimos en torno a los menos diez

grados en el interior, que podrían incluso desplomarse por debajo de veinte en ciertas zonas.

–¡Mirad! –anunció entonces tía Aurelia–. Parece que avanzamos.

Tío Claudio apagó la radio y suspiró con las manos en el volante mientras el coche empezaba a rodar de nuevo. Un minuto más tarde llegaron hasta dos policías cubiertos de nieve que les hacían señales con unas linternas luminosas para que salieran de la autopista.

–Tendrán que hacer noche en Newcastle –les gritó uno de ellos tiritando de frío en cuanto tío Claudio bajó la ventanilla.

–Yo quiero pasar las Navidades con la abuela –refunfuñó Penny.

–Y las pasarás, no te preocupes –le respondió su tía subiéndose las solapas de su abrigo–. ¿Puedes poner más alta la calefacción, cariño?

–Está a tope –gruñó él.

Penny y sus tíos estuvieron dos días incomunicados por culpa de la nieve en un hotel cerca del río Tyne, en Newcastle. Hasta que el segundo día fueron autorizados a reemprender el viaje por la autopista.

Penny pasó durmiendo el resto del trayecto hasta Pitlochry y a media tarde del día previo a Navidad, cuando el sol empezaba a ocultarse por poniente, el Mondeo de color pistacho de los Pettigrew pasó por delante de una señal que indicaba:

## BOSQUES DE AMHUINN

3,5 millas

–Despertemos a Penny –dijo entonces tío Claudio bostezando.

Tía Aurelia estaba amodorrada en su asiento, pero al oírle se despertó.

–Despierta, cariño. Casi hemos llegado –sonrió al reconocer a lo lejos las chimeneas de Berry Manor–. Espero que tu abuela haya encendido un buen fuego. Tengo el frío metido hasta los tuétanos. Brrr...

Penny abrió uno de sus preciosos ojos de color esmeralda. Los montes estaban llenos de nieve al igual que las ramas de los árboles de Berry Manor, incluso Caribdis y Oribdis, las dos gárgolas de piedra que vigilaban sobre los pilares de la verja, estaban cubiertas de blanco. Alguien les había colocado una zanahoria en mitad de la cara y parecían dos monigotes de nieve.



–Pobres... –se lamentó tía Aurelia al verlas–. ¿Quién les habrá gastado esta broma?

Penny no dijo nada, pero sonrió. Estaba segura de que Pippa y Noel, los sobrinos de la herborista Calpurnia Clutterbuck, tenían algo que ver.

El vehículo atravesó la verja de la propiedad y tío Claudio condujo hasta la puerta de la mansión. Berry Manor se había reconstruido tras el ataque de Cedric Donndubhan el verano anterior y, aunque había cascotes por todos lados, las obras avanzaban a buen ritmo.

–Esto es peor de lo que me habías contado –dijo tía Aurelia al ver los destrozos.

Tío Claudio detuvo el viejo Mondeo en el momento en que, entre la ventisca, dos grandes sombras llegaban hasta la mansión por el camino del bosque de Amhuinn.

–¡Menudo abeto! –exclamó tío Claudio al ver el árbol que cargaban.

Unos ghouls que habían cavado un gran agujero en el suelo los aguardaban. Penny reconoció enseguida a Defectus Sidebottom, a quien le había crecido de nuevo una buena mata de pelo, y también a Robustus, el gigante, que dejó el árbol en el suelo y fue hacia el coche.

–Vaya, vaya... –sonrió apoyando su manaza en el capó y zarrandeando el vehículo–. Parece que nuestra pequeña Penny ha regresado para pasar las vacaciones de Navidad.

–¿Qué tal estás, Robustus? –le sonrió ella.

–Muy bien: hemos sido invitados a la fiesta –dijo orgulloso–. Dicen que habrá pasteles. Montañas de pasteles.

–¿Ah, sí? No sabía que la abuela diera una fiesta –dijo ella bajando del coche y abrazando al gigantón.

–Una fiesta en tu honor, cariño –replicó entonces una voz familiar.

Penny se volvió hacia Berry Manor y allí, recortada en la puerta, contempló a su abuela tal como la había visto por primera vez en su vida, cuando fue a pasar el verano a Berry Manor: con su delantal de florecillas y un trapo de cocina en las manos.

–¡Abuela! –gritó corriendo hacia ella.

–¡Feliz Navidad, cielo!

Ambas se abrazaron y luego la abuela se volvió hacia su hija, la tía de Penny.

–Temí que con esta tormenta no llegarais, Aurelia. ¿A quién se le ocurre conducir con este tiempesito?

Tío Claudio empezó a balbucear una excusa, pero su esposa lo interrumpió:

–¡Feliz Navidad, mamá! Es lo que yo le dije a Claudio, pero ya sabes cómo son los hombres a veces...

Las mejillas de tío Claudio se tiñeron del color de las fresas y estaban a punto de estallar cuando la abuela añadió:

–Bueno, ya estáis aquí y eso es lo que cuenta. Por cierto, Aurelia, tenemos que resolver algo urgente.

–¿Más misterios, abuela? –le preguntó Penny.

–No, tesoro –se rio Octavia Berry–. Nada de eso de momento... Quizás más tarde he de decirte algo un poco, digamos... sorprendente. Pero ahora quiero que tu tía me ayude a terminar el pudín de Navidad. Vamos a ser casi trescientos.

Penny abrió unos ojos como platos.

–¿Tre... trescientos?

–La Navidad es algo especial aquí, ¿sabes? –sonrió la Decana de Amhuinn–. Y todos merecen que se celebre como corresponde. Y cuando digo todos, quiero decir todos.

–¿Ashwhite también?

–Ashwhite también... –suspiró Octavia Berry.

Penny recordó entonces que su abuela no se llevaba demasiado bien con el dragón, al que había mantenido encerrado durante más de diez años en las grutas de Berry Manor.

Mientras Penny ayudaba a su tío a sacar el equipaje del maletero, la abuela Octavia tomó a su hija del brazo y le explicó el contenido de la carta que había recibido del Nepal unos días antes. Al oírla, tía Aurelia se cubrió la boca con las manos horrorizada.

–¿Ahora? –exclamó–. ¿A Shangri-La?

–Ya sabes cómo son estas cosas, cariño –repuso su madre–. Quizás no haya otro curso para astrosauros en los próximos veinte años y ya no estaríamos a tiempo de que terminara su formación.

–¿Y cuándo piensas decírselo?

–Al terminar la cena. Tendrá que marchar después de su cumpleaños.

–Pero esto es dentro de nada, mamá.

–Lo sé, cielo, pero los cursos en Shangri-La empiezan con el nuevo año. Si te sirve de consuelo, no irá sola. Los Clutterbuck quieren que Pippa y Noel viajen con ella.

Tía Aurelia suspiró y bajó la cabeza resignada. Luego entró en Berry Manor detrás de su madre en dirección a la cocina.

Por su parte, después de descargar los regalos, Penny fue corriendo hacia el estanque para saludar a Cecilia Knots, pero se encontró con que la pequeña alberca estaba helada.

–¡Feliz Navidad, Penny! ¡Bienvenida! –la saludó alguien que salía entonces por la puerta de la mansión.

–¡Feliz Navidad, Calpurnia! –se alegró Penny al ver a la herborista.

–¿Buscas a la señora Knots? –le preguntó–. Está abajo en el acuario. Nos dijo que no quería constiparse y nos pidió que la bajáramos.

–Entonces la veré en un rato. ¿Cómo están Pippa y Noel?

–¿Mis sobrinos? –gruñó ella frunciendo el ceño–. Bien, supongo. Confío que estudiando abajo en la biblioteca. Este trimestre no han trabajado demasiado, que digamos...

–Entonces voy a saludarlos y de paso devolveré los libros a la señorita Beckham –sonrió Penny.

–¿Te los has leído?

–Sí. El de *Sigrid de Thule. Astrosaura de Escocia*, dos veces.

Mientras Penny entraba en Berry Manor para bajar a los subterráneos, Calpurnia Clutterbuck empezó a dar órdenes a los ghouls que subían por las ramas del abeto para colgar las bolas seguidos de varios bowtruckles que llevaban en la boca ristra de bombillas de colores.

Penny bajó enseguida a la biblioteca, entregó los libros a Oronda Beckham y luego fue a saludar a los Clutterbuck.

Los encontró rodeados de libros de botánica, aburridos, pasando páginas llenas de ilustraciones de flores.

–¡Penny! –exclamó Pippa al verla–. ¡Ya has llegado! ¡Tenemos mil cosas que contarte!

–¡Hola! –dijo Noel levantándose detrás de su hermana.

Penny se acercó a abrazarlos.

–¿Cómo no estáis arriba con los demás? –les preguntó.

–Rictus nos suspendió *Venenos y pócimas*.

–La verdad es que también pusimos algo de nuestra parte para que ocurriera –se sonrió Pippa un poco colorada.

–Bueno, eso da igual ahora –concluyó Penny tomándoles de las mangas–. ¡Vamos arriba, van a encender las luces! ¡Es Navidad!

Los dos hermanos dejaron de inmediato los libros y subieron al jardín, donde una multitud se arremolinaba junto al abeto.

Entonces el crepúsculo cayó lentamente sobre Berry Manor, las primeras estrellas empezaron a titilar en el cielo y Caribdis y Oribdis despertaron. Todos vieron dos fogonazos de luz encima de los pilares de la verja y momentos más tarde las dos gárgolas aterrizaron junto a Penny.

–¡Penny Berry! –graznó Caribdis al reconocerla junto a Pippa y Noel.

–¡Hola, Caribdis! ¿Qué tal las cicatrices? –le preguntó viendo que apenas se le notaban las roturas provocadas por una arpía el verano anterior.

–¡Oh, eso! Mucho mejor, guapa. Gracias por preguntar.

–Ya están aquí –dijo entonces Pippa.

Docenas de ojos se volvieron hacia la puerta de Berry Manor y todos observaron cómo por ella salía la Decana de Escocia, Octavia Berry, con una capa roja ribeteada de oro; la seguía su hija Aurelia, tío Claudio, Calpurnia Clutterbuck, la doctora Sparks y Quirón Blackhorse, el centauro encargado de la enfermería instalada en el Mitozoo.

Al verlos a todos junto al gran árbol, la DAF de Escocia exclamó henchida de felicidad:

–¡Feliz Navidad a todos y bienvenidos a Berry Manor!

Todos los presentes aplaudieron entusiasmados, algunos aullaron y no pocos patearon el suelo tras el breve parlamento, y luego empezaron a corear:

–¡Las luces! ¡Las luces! ¡Que enciendan las luces!

La abuela miró hacia Calpurnia Clutterbuck, que asintió con la cabeza indicando que todo estaba listo, y al instante, cientos de bombillas tiñeron de mil colores distintos el jardín. Trescientas bocas suspiraron admiradas, porque era el mejor árbol de Navidad que recordaban en años.

–¡Y ahora, todos al Mitozoo! –anunció la abuela Octavia satisfecha–. ¡La fiesta no ha hecho más que empezar!